C. N. T.

Mensaje de la Confederación Nacional del Trabajo de España

Al pueblo que trabaja,
A la juventud que piensa,
A los que creen en un mundo mejor.

COMITE NACIONAL
(en un lugar de España)
1963

LA CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO DE ESPAÑA Y SU COMITE NACIONAL EN PLENA CLANDESTINIDAD

Al pueblo que trabaja
A la juventud que piensa
A los que creen en un destino mejor

Cualesquiera que sean los esfuerzos y los excesos a que se entreguen los representantes y usufructuarios de la tiranía para prolongar su existencia, es ya evidente la convicción general de que la situación creada con el alzamiento de julio de 1936 y la cruenta guerra civil sucesiva, no puede continuar. Cómo se pondrá fin a un régimen políticosocial que monopolizó el poder absoluto —el poder y la riqueza del país— durante un largo cuarto de siglo de orgía genocida, no lo sabemos; lo que sabemos es que en la conciencia de la inmensa mayoría de los españoles se abre la aurora de un período de liberación. ¡Ojalá que lo que se edificó con sangre y lágrimas y con el odio despiadado de los vencedores, se extinga sin lágrimas, sin sangre y sin odio y ofrezca perspectivas que hagan renacer la alegría de vivir y la esperanza creadora de nuestro pueblo, de nuestro gran pueblo!

Las trágicas experiencias del último cuarto de siglo han demostrado una vez más que si es imposible subsistir a la larga en un nivel económico infrahumano, es más imposible todavía la existencia sin un cierto grado de justicia y de libertad. La insanía totalitaria, la corrupción de los monopolistas del poder y de la riqueza, el furor represivo, ilimitado, pero impotente, encuentran cada día más escollos para su hegemonía y su ejercicio. La liberación de España no es ya una cuestión de partido, de sector, de tendencia particular; es un imperativo biológico elemental que vuelve por los fueros de la dignidad humana.

Esa es la aspiración que encarna hoy, como siempre, la Confederación Nacional del Trabajo, proscrita y torturada, pero jamás ausente de las palpitaciones del pueblo de que forma parte.

En el período constituyente en que se halla nuestro país por iniciativa de todos los núcleos de opinión que reviven, por impulso del cansancio, de la decepción y del disgusto, pero también por impulso de la fe en un destino mejor, la C.N.T. quiere hacer oir una vez más su voz.

La C.N.T. en la historia de España

Las nuevas generaciones pueden ignorar la trayectoria y la significación histórica de la Confederación Nacional del Trabajo de España o pueden conocer algo sobre ella a través de difamaciones y tergiversaciones. Conviene, por tanto, algún esclarecimiento para justificar su derecho a opinar y a intervenir con su presencia en este período constituyente.

La Confederación Nacional del Trabajo es un nombre nuevo, apenas cincuentenario, de una vieja aspiración de los trabajadores de las fábricas y de los campesinos; surgió espontánea como defensa de la vida de los que trabajan contra los desmanes de una explotación despiadada en jornadas de dieciséis y diecisiete horas, con salarios literalmente de hambre; fue una permanente reivindicación del derecho de los productores a la dignidad humana y a la libertad; un exponente de la civilización del trabajo y de la justicia social.

Cuando se constituyó en 1870 en un congreso solemne en Barcelona la sección española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, las sociedades gremiales de lucha tenían ya en España un pasado de medio siglo de existencia clandestina, con gestas heroicas y ejemplares en pro del derecho de asociación, como aquella gran huelga general de 1855 en Barcelona, aplastada y sofocada por las tropas del general Zapatero después de varios días de combates callejeros. *Asociación o muerte* fue el lema de aquel movimiento que

había llamado a todas las puertas, incluso a las Cortes, reclamando para los trabajadores el mismo derecho de que disfrutaban los dueños de las fábricas, el de coaligarse para la defensa de sus intereses particulares; el viejo lema de 1855 no ha sido olvidado y se mantiene en vigor la reclamación de un derecho elemental que disfrutan los trabajadores, hasta por prescripciones constitucionales, no sólo en Europa, sino también en América, en Asia, en Africa.

Desde 1870 hasta 1962, la organización obrera que encarna la C.N.T. no ha cesado de existir y de crecer y no se ha desviado de su ruta inicial a pesar de las condiciones penosas en que fue obligada a desarrollarse.

Desde 1870 hasta 1962 los trabajadores organizados españoles no han conocido períodos de más de tres años consecutivos de vida pública, de ejercicio normal y legal de sus derechos imprescriptibles; hubo ostracismos de más o menos duración; de siete años hubo dos, desde 1874 a 1881, cuando la Internacional fue declarada fuera de la ley, y desde 1923 a 1930, la dictadura de Primo de Rivera; hubo períodos de más o menos duración de la clandestinidad forzosa; el último, en el que vivimos, se extiende por un cuarto de siglo. Nuestro movimiento sólo ha podido mostrarse raramente a la luz del día y disfrutar del derecho de asociación, que es consubstancial con la moderna vida civilizada.

En 1881 fue reemplazado el nombre de Sección española de la Internacional por el de Federación de Trabajadores de la Región Española, continuidad perfecta por la identidad de los hombres y de las ideas de la organización anterior. Nuevas contingencias llevaron a la organización que se llamó Pacto de Unión y Solidaridad en 1888, a la Federación Nacional de Sociedades de Resistencia en 1900, a la Confederación Nacional del Trabajo en 1910. Son nombres distintos de un solo movimiento social cuya bandera y cuyas aspiraciones son irrenunciables.

Constituye, pues, la Confederación Nacional del Trabajo la corriente de pensamiento y de lucha por un mundo mejor más antigua de la España moderna, con hondas raíces en el pasado y proyecciones permanentes e indestructibles hacia el porvenir.

Ningún movimiento obrero de Europa o del mundo muestra un pasado tan adverso para su desenvolvimiento como el que nosotros representamos. Sin embargo, ya la sección española de la Internacional fue presentada como modelo al resto de las asociaciones existentes en el mundo por hombres calificados como Carlos Marx, en la conferencia de Londres altibajos de su historia. Las 150 sociedades obreras representadas en el Congreso de 1870,

Perseguido y amordazado, el movimiento obrero español no ha dejado de mantener sus vínculos fraternales y solidarios y no ha dejado de aumentar sus efectivos en los trágicos altibajos de su historia. Las 150 sociedades obreros representadas en el Congreso de 1870, eran 332 en el congreso de Córdoba de 1873, con 101 federaciones locales.

Cuando se pudo volver a la luz pública en 1881 y se realizó el congreso ordinario de 1882 en Sevilla, las federaciones locales eran 209 y las sociedades o secciones de oficio 632.

Siguieron decenios difíciles de clandestinidad forzosa y de persecuciones; la Confederación Nacional del Trabajo no pudo mostrarse legalmente hasta 1919 en el Congreso de la Comedia de Madrid, donde sus efectivos sumaban 800.000 obreros y campesinos; siguió a aquella manifestación un largo período de obligada existencia al margen de la ley y cuando, por efecto de la proclamación de la segunda República, pudo volver a reunirse en junio de 1931, las huestes confederales abarcaban un millón de hombres y mujeres de todas las regiones del país.

Durante los años de la guerra civil de 1936-39, en el territorio de la España republicana, la C.N.T. tenía en sus filas más de tres millones de trabajadores manuales, administrativos, intelectuales y técnicos.

No podemos, después de un cuarto de siglo de mordaza y de terror, hablar hoy de

cifras; lo que interesa decir es que nuestra bandera se halla al tope y no será arriada porque simboliza una esperanza irrenunciable para nuestro pueblo y una esperanza para el mundo.

Todos los procedimientos y todas las infamias fueron aplicadas para impedir que los trabajadores constituyesen sus organizaciones propias y contribuyesen a la renovación y a la reconstrucción de España. Se declaró a la Internacional "piedra filosofal del crimen" y era en realidad una aspiración casi evangélica de transformación económica y social por medio de la enseñanza, de la cultura, de la escuela, de la gravitación del sentimiento de justicia; se inventó en 1883 la leyenda de la Mano Negra para llevar el terror a los campesinos sin tierra de Andalucía que se resistían a la expoliación y a la abyección; se aplicó el terror inquisitorial con todos los refinamientos de la tortura para reprimir la actividad societaria y la propaganda en Cataluña, en proporciones que causaron la indignación del mundo, como en el proceso de Montjuich de 1896-97; la artillería y la fusilería tronaron en las calles de nuestras ciudades como en la manigua cubana, en las Filipinas y en las montañas rifeñas; los que perdieron todas las batallas coloniales solamente lograron triunfar hasta aquí contra los compatriotas inermes que reclaman mejores condiciones de vida y salarios más dignos; se esgrimió el lock-out, se armaron partidas de pistoleros para asesinar militantes de la C.N.T., como en 1920-23; no hubo tormento que no se haya aplicado a los millares de presos del movimiento de actubre de 1934 en Asturias; y nada se puede decir, porque está más allá de la posibilidad de reducirlo a términos comprensibles, de lo ocurrido en la operación genocida que se inició en 1936.

Pese a todo, la Confederación Nacional del Trabajo está en su puesto y seguirá luchando por la libertad y por la justicia de todos los españoles, con todos los españoles que merecen ese nombre.

La burguesía y el capitalismo moderno

Lo que se llama corrientemente era del capitalismo es el período que se inicia con la revolución francesa de 1789 y con la difusión de las máquinas de trabajo, con la ruptura de los moldes estrechos de las viejas corporaciones gremiales, con la superación de la economía feudal y la consiguiente revolución industrial, comercial y tecnológica.

La burguesía, que encarnó como beneficiaria la era del capitalismo, no fue más humana que sus antecesores, los señores feudales; hasta se podría denunciar un mayor desprecio por la vida, la salud y el porvenir de los modernos esclavos, los asalariados de sus fábricas; éstas fueron en general equivalentes nuevos de los viejos castillos señoriales.

Hubo decenios de horrores cuya descripción parece hoy cosa de alguna imaginación dantesca; pero la concentración de grandes masas proletarias en torno a las fábricas llevó espontáneamente a la idea de coaligarse y constituir así una fuerza para reclamar condiciones más soportables de vida, de trabajo, de higiene, de respeto.

Cada paso en el ascenso de los asalariados a un nivel un poco más digno costó ríos de lágrimas y de sangre, y de eso sabemos los españoles tanto como el que más. Se sucedieron masacres, ejecuciones de obreros insumisos, condenas a presidio por reivindicaciones que hoy parecen inocentes. El pecado máximo de los asalariados fue la pretensión de asociarse, de mancomunarse para hablar y hacerse oir en sus demandas de mejoras. El derecho de asociación de los trabajadores costó un largo siglo de sacrificios inenarrables en Europa. La burguesía, en los estrados del poder político, no fue más blanda y comprensiva, sino quizás más dura e inflexible de lo que había sido la nobleza frente a las justas reivindicaciones que ella le planteara.

Aunque es cosa de ayer, a las nuevas generaciones les parece imposible que se haya considerado un delito, penado con el máximo rigor, la asociación obrera, la coalición de los trabajadores, la mera insinuación de un cambio económico más equitativo. Sobre eso, única-

mente en la España actual, y en los regímenes de terror totalitario, se tiene una noción exacta. Hablar en los pueblos modernos que no han caído en la regresión totalitaria de lo que costó arrancar a la burguesía las concesiones más inofensivas, es casi como fabular sobre cuadros dantescos de espanto; parecía imposible que se pudiese llegar a una condición social más intolerable, y sin embargo se ha llegado a ella.

Pero pese a ese negro pasado, y aunque se haya movido fundamental y esencialmente por el espíritu de especulación y de ganancia, de acumulación monopolista indefinida de bienes, el desarrollo capitalista elevó el nivel material de los pueblos, puso a su alcance muchos artículos de necesidad, de lujo y de recreo, e hizo posible un mayor acceso a la instrucción común. En los dos últimos siglos el mundo en que vivimos experimentó cambios profundos, insospechados, tremendos.

No desapareció la miseria, la preocupación angustiosa por el pan de cada día; pero los trabajadores, fuertes en su unión, saben ya defenderse contra las extralimitaciones y reivindican un nuevo derecho que no es posible desconocer o ignorar.

Las características del sistema capitalista, que tiene en vista únicamente las posibilidades del mercado, no la satisfacción de las necesidades humanas, son sus gravísimas crisis periódicas; a la actividad febril de un período de alta coyuntura, siguió hasta hace poco la depresión y la desocupación. Y de tanto en tanto, también casi fatalmente, la guerra entre las naciones, otra gran fuente de beneficios para el sistema promotor de las mismas y válvula de escape de esas crisis. Las mayores industrias, las llamadas industrias pesadas, las más arrolladoras por su potencialidad, surgieron y se desarrollaron al amparo de la guerra y sólo circunstancialmente tuvieron interés en la paz y en la producción para fines pacíficos y de interés colectivo.

Las crisis y las guerras, sin embargo, tienden a desaparecer; las primeras porque los trabajadores organizados no las admitirían ya resignadamente y porque se sienten en condiciones de forzar de cualquier modo el pleno empleo o algo similar; lo segundo, porque la capacidad destructiva de las armas modernas llegó a tal grado que si en las últimas hecatombes mundiales no hubo propiamente vencidos ni vencedores, sino que todos han resultado vencidos, en la guerra con armas nucleares no sólo no habrá vencedores ni vencidos, sino que no habrá supervivientes.

Es preciso, pues, que la economía capitalista renuncie a sus dos válvulas salvadoras tradicionales: las crisis periódicas y las guerras.

Después de la segunda guerra mundial, que consumió decenas de millones de vidas humanas y destruyó riquezas incalculables, puestos frente a frente dos grandes bloques de intereses y ambiciones, se siguió gastando en la preparación de armamentos casi tanto como lo que se gastaba durante el conflicto. Los depósitos de bombas atómicas, de bombas de hidrógeno y de medios para su proyección a cualquier distancia, insumen cifras astronómicas, y millones y millones de hombres, técnicos, obreros, científicos, empleados, a un lado y al otro de la cortina de hierro que separa los dos bloques en pugna, siguieron viviendo de la industria armamentista, prestándole dócilmente el esfuerzo de sus brazos y de su inteligencia.

Gigantanasia

Pero también esa producción intensa y vasta para la destrucción del mundo ha de sufrir una paralización; el esfuerzo consagrado a una guerra en que no habrá sobrevivientes, y que por tanto carecerá de estímulo para el sector que habría podido imaginarse vencedor, tendrá que orientarse hacia una producción para la satisfacción de necesidades reales, humanizarse.

El sistema capitalista, en su desarrollo gigantesco y triunfante de los últimos ciento cincuenta años, creó las bases y las condiciones para su propia liquidación, porque creó el

instrumental tecnológico que conduce a una nueva fase de la historia económica: la de la economía de la abundancia.

Hay una distancia inmensa desde el período del trabajo artesanal hasta la máquina a vapor de Watt en 1767; cien años más tarde, en 1860, inventa Gramme su máquina generadora de electricidad; cada una de esas innovaciones ha representado una transformación económica y social enorme, aunque todavía fue posible canalizar sus beneficios máximos en provecho de la clase económicamente dominante; pero en 1945, con la explosión de la primera bomba atómica, se inicia una era mundial nueva, la del aprovechamiento de la energía nuclear, la de la automatización, la de las plantas y máquinas electrónicas.

Sería pueril imaginar o pretender que la revolución de la era atómica ha de transcurrir sin una alteración a fondo del mundo construido por el capitalismo y bajo la guía directa de su aprovechamiento privado.

Están dados todos los fundamentos necesarios para una gran revolución, a la que asistimos ya y cuyos límites y alcances no es posible percibir en toda su magnitud. No son ya las lanzaderas las que se mueven en el telar sin intervención de la mano del hombre, sino también el telar mismo y puede moverse del mismo modo la fábrica entera. ¿Qué falta hacen en ese mundo los esclavos humanos?

La gigantanasia, la muerte de los gigantes, fue hasta aquí, y lo sigue siendo, una ley biológica ineludible. Sometidos al rigor de esa ley se extinguieron los dinosaurios, los plesiosaurios y demás monstruos de la paleontología. El aparato capitalista creció en tal desproporción que, sin las antiguas válvulas salvadoras de las crisis periódicas y de las guerras no puede sobrevivir, pues le faltarán los elementos nutricios esenciales y tendrá que ceder el paso a otra técnica y a otra orientación: *la de la producción para la vida y el bienestar del individuo y de las colectividades, técnica que no es posible más que dentro de una economía socializada, a la que se llegará por vía evolutiva pacífica, directa, sin conmociones, o por vía revolucionaria, según las circunstancias y la educación de los pueblos.*

En buena parte de los países llamados capitalistas, donde la economía no depende ya de los antiguos capitanes de industria rapaces y emprendedores, las condiciones se presentan favorables para ese cambio natural y se está operando de modo espontáneo y creciente. Lo mismo que la burguesía fue en su tiempo superior a la nobleza en vitalidad, en recursos, en inteligencia, en salud física, entre las masas trabajadoras, entre los técnicos y los funcionarios administrativos, hay capacidades que superan a las de los llamados burgueses como clase social. Grandes espíritus de empresa, capacidades constructivas excepcionales han surgido de las capas proletarias más humildes y se elevaron a los más altos puestos de la dirección económica, industrial y comercial. Si ese ascenso pudo significar en el primer momento una especie de traición a las masas desposeídas de las cuales salieron esas personalidades, con el tiempo el fenómeno se fue generalizando, y eso ha probado, como no hubiera podido hacerlo más convincentemente ningún argumento teórico y ninguna profecía, *que la máquina de producción puede funcionar sin el apoyo y sin la dirección del capitalista, por el solo impulso y la responsabilidad de los obreros, de los técnicos, de los empleados. Y lo que un día fue un programa de partido revolucionario, y combatido como tal por la miopía reinante, es decir el socialismo, la socialización de la riqueza, deja de ser cuestión de partido para convertirse en una necesidad vital para el mundo en esta hora, fruto maduro de un progreso científico y tecnológico ineludible.*

La revolución que estamos viviendo no es monopolio o cosa de los que se llaman tradicionalmente revolucionarios, sino resultado espontáneo, natural de un desarrollo que destruye los cimientos y los resortes sobre los cuales se produjo y se manipuló la riqueza en el pasado a beneficio de unos pocos.

El capitalismo ha creado el mundo en que vivimos e importa poco que lo haya hecho

por estímulos egoístas; ha sabido suscitar energías y perspectivas que ya no puede ni sabe dominar; la creación marca el camino y la ley y es más fuerte que el propio creador. Como el aprendiz de brujo, después de haber desencadenado los espíritus ignora la fórmula mágica para volverlos a someter.

Los trabajadores, los técnicos, los empleados administrativos llevan de hecho las riendas de la máquina económica contemporánea y conocen mejor su funcionamiento y sus exigencias que los capitalistas, los financieros, los accionistas; querrán llevar esa dirección no de hecho, sino por derecho, pues únicamente de esa manera se producirá para cubrir las necesidades reales y no para la especulación y la ganancia, el provecho, los dividendos, con los peligros, inseguridades y crisis consiguientes.

Nuevas modalidades

El capitalismo no es ya una mole granítica uniforme; es un conjunto de actitudes y de categorías que no siempre se presenta solidario ni siquiera frente a los supuestos adversarios comunes. Hay un capitalismo que podríamos calificar de cerril, que quiere cerrarse a toda evidencia y proceder como en el pasado con espíritu feudal; hay un capitalismo que podríamos calificar de comprensivo y de progresista, que vislumbra la evolución obligada de la economía actual hacia su socialización; hay un capitalismo colectivo, que es ya el mayoritario, formado a base de acciones, y ese accionariado comprende también grandes masas de obreros y empleados, como en los Estados Unidos; existen además, y coexisten con el capitalismo, otras formas económicas que se evaden en parte de sus leyes en la producción y el consumo, como el régimen de la cooperación, que en algunos países ocupa casi el 70 % en la esfera del consumo y un nivel muy respetable en la de la producción.

El capitalismo feudal que hemos conocido y contra el cual hemos luchado con todos los medios disponibles, no es ya la norma ni la ley; hasta las empresas más poderosas tienen que tratar con sus asalariados sobre cuestiones de trabajo, de horarios, de remuneraciones y demás conquistas sociales, de tú a tú, en torno a la misma mesa de discusión.

El Estado no siempre se pone, como antes, de parte de los potentados; en algunas ocasiones, aunque sea por motivos demagógicos, se pone también contra ellos; si en tiempos aún recientes los grupos de presión incontrastables eran los banqueros, los grandes industriales, los grandes comerciantes, hoy presionan con no menos vigor y empuje los sindicatos obreros con su solidaridad gremial. Por eso el Estado no es ya un instrumento específico al servicio de los intereses capitalistas, sino que es sobre todo un aparato fiscal al servicio de los propios intereses, de su burocracia poderosa, de las fuerzas armadas que lo sostienen y de otros grupos de presión que medran a su amparo. Sin embargo, la verdad es que frente al Estado moderno, ni los intereses capitalistas ni los intereses obreros priman de manera absoluta; en general se puede decir que los unos y los otros ocupan un puesto subalterno frente al puesto que ocupan los propios intereses del Estado mismo, dueño y señor absoluto, totalitario, aun bajo formas aparentemente democráticas.

En la senda de un reajuste económico y social que hiciera desaparecer las fronteras tradicionales que ponían en pugna irreductible los intereses de los trabajadores y los de los capitalistas, se interpuso el capitalismo de Estado con el pretexto de una solución de orden. El capitalismo de Estado ofreció la nacionalización o estatización de algunas grandes ramas de industria para eludir así la socialización proclamada y deseada por las asociaciones obreras. Pero la experiencia ha demostrado que el capitalismo de Estado no sólo no resultó más eficiente que el capitalismo privado, sino que en sus manos el proceso económico resultó más pesado y más caro, menos hábil, más burocrático y estéril. Además fortalece la institución misma del Estado, que resulta también antisocial por el solo hecho de la gravitación creciente de su existencia en la vida individual y social.

Otro de los grandes engaños de nuestra época fue la dictadura proletaria, la más sangrienta y burda de las caricaturas del socialismo, aunque suele adjetivarse de socialista. El abandono voluntario o forzoso de la libertad y de la dignidad personal para obtener la seguridad material, mostró ampliamente que lleva a la pérdida de esa seguridad, y sobre todo lleva a un derroche enorme para el sostenimiento de una burocracia mostruosa.

Allí donde rige un Estado totalitario bajo la máscara de la dictadura del proletariado, los trabajadores y los campesinos tienen tan poco que ver y que determinar en la cosa pública como los pequeños accionistas en las grandes empresas de los países supercapitalistas.

Nacionalismo y capitalismo

A pesar de que su expansión y la esfera de sus intereses ha traspasado todas las fronteras, y no reconoció razas, religiones ni regímenes políticos cuando se trató de encontrar materias primas a bajo precio, masas explotables o mercados renditivos para sus productos, el capitalismo fue siempre negación de la solidaridad internacional, nutrió el nacionalismo, y el capitalismo de Estado no lo sigue haciendo en menor escala, sino en grado mucho mayor aún que el tradicional capitalismo privado. Ahora bien, en una época en que los transportes y las comunicaciones han borrado en su red todas las distancias, en que las noticias circulan en minutos de Polo a Polo y alrededor del ecuador, cuando bastan muy pocas horas para llegar a cualquier punto de la tierra, el nacionalismo de raíz económica o política es una aberración, herencia de un pasado que rididuliza y befa al hombre de nuestros días.

El mundo debería constituir a esta altura del desarrollo una gran unidad económica, un sistema de intercambio sin fronteras y sin aduanas, para llegar también a constituir una unidad cultural, política y moral: la de los seres humanos razonables que quieren vivir en paz y felices, porque para ello tienen tras sí muchos milenios de búsqueda afanosa, de esfuerzo, de progreso y de conquistas definitivas de la técnica y de la ciencia.

El capitalismo fue una etapa en ese ascenso hacia una vida mejor, hacia la posibilidad de una existencia individual y colectiva libre del temor a la miseria y hacia una condición de dignidad. Con sus ambiciones y codicias, con su ansia de enriquecimiento, de acumulación ilimitada y egoísta de bienes, hizo en un par de siglos de predominio más que en millares de años las generaciones anteriores. Pero cuando a pesar de las novísimas tendencias hacia los mercados comunes y a la supresión de barreras aduaneras nocivas anacrónicas; cuando se halla en contradicción flagrante con las posibilidades que él mismo puso en manos del hombre actual; cuando por sus contradicciones esenciales obstruye el reino de la abundancia de los bienes fundamentales para la existencia humana y para el disfrute material de todos los pueblos, lo que ayer fue un enorme progreso frente al feudalismo, es hoy una rémora, un lastre perjudicial.

Desde el ángulo de los movimientos sociales socialistas del último siglo, se hizo mucho para descubrir y denunciar la marcha del sistema capitalista, con sus injusticias, sus contradicciones intrínsecas, sus peligros. Esta es la hora de la necesaria y vital superación de esa modalidad económica y su reemplazo por un régimen de expresiones múltiples, en el cual la satisfacción de las necesidades del hombre, las físicas, las espirituales, las sociales, constituya el centro y la cima de todo esfuerzo.

Abundan los brazos, pero sobre todo abundan los cerebros científicos y técnicos para resolver todos los problemas que se oponen a ese cambio imperioso. Podemos, disfrutar al fin de la paz y de la abundancia, que la humanidad no ha conocido todavía y está en nuestras manos el que esas bendiciones se vuelvan palpables, reales.

El hombre de nuestros días no tendría perdón ni disculpa si en lugar de aprovechar para el bien, la felicidad y la paz, los recursos de que puede disponer, los aprovechase o

los malograse para crear un capitalismo de Estado omnipotente y totalitario o para destruir locamente hasta las bases mínimas de sustentación física en el globo terrestre.

¡Un mundo o ninguno! Una economía mundial de tipo socialista, para la plena satisfacción de las necesidades humanas o el debate estéril en la contradicción, la inseguridad y el temor! Jamás se ha encontrado la humanidad ante un dilema tan angustioso y ante una encrucijada histórica tan trascendente.

La situación española

Mientras se halla en marcha la más grande de las revoluciones de todos los tiempos, que resolverá y superará antinomias que un día parecían insolubles, la revolución que inició la fisión nuclear, nuestra España, la España a que volvieron a echar mano como a su última colonia las castas que perdieron el imperio colonial y derramaron ríos de sangre y dineros del pueblo en la absurda aventura de Marruecos, se encuentra en una especie de nueva edad media o en tiempos que recuerdan al nefasto Fernando VII; se encuentra de espaldas al mundo.

Sin embargo, es tarde ya para seguir manteniendo atrasado el reloj en la vida civilizada y del entrelazamiento mundial; por imperativo vital tiene que vivir de cara a Europa, de cara a América y de cara al mundo entero. Y si después de la sangría agotadora y extenuante iniciada en julio de 1936 y no restañada todavía, tiene explicación el largo período de depresión, de desilusión y de cansancio, ha llegado la hora del despertar y de la reafirmación del derecho a la dignidad y a la justicia.

Las injurias y las difamaciones no sirven ya para encubrir una realidad que nosotros sabíamos latente, que presentíamos viva y cuya floración anhelábamos: España sigue siendo España. Se equivocaron los que la creyeron muerta con los millones de caídos de la guerra civil y de la represión sin precedentes que le siguió; y no ha muerto mientras acumulaban fortunas astronómicas creyendo que era un cadáver las aves de presa que se arrojaron sobre el cuerpo desangrado de nuestro pueblo para medrar con sus despojos. ¡España está donde estuvo siempre, inagotable e invencible!

No es un partido, no es una tendencia, no es una facción lo que revive entre los escombros; es todo un pueblo, que no renuncia, que no renunciará a ser y quiere volver a ser parte de la civilización con la frente alta y la conciencia de su valor. Se equivocó el mundo llamado occidental al imaginar que podía haber soluciones firmes y estables sin la presencia de España, sin su voz y sin su soporte, como los que se ilusionaron con la fantasía de mantener a nuestro país fuera de la órbita lel progreso y de la cultura sofocando para siempre el sentimiento de la libertad y de la justicia social.

En ese resurgir es inevitable un reajuste del nivel material de las masas obreras, de los jornaleros, de los campesinos sin tierra y con tierra, es imprescindible un salario de decencia para los que trabajan como es imprescindible también que los trabajadores vuelvan a disfrutar de derechos inalienables e imprescriptibles: el derecho de asociación, el derecho de huelga, el derecho a pensar y a expresar libremente su pensamiento; pero aún comprendiendo que ese reajuste es esencial, los problemas de España no quedarán resueltos con ello y será preciso recurrir a soluciones de fondo.

Metodología constructiva

Es justo que toda voz sensible a la tragedia que hemos vivido y vivimos y que desea que el horrible aquelarre tenga fin, se haga oir y es necesario que salgan al juicio público las meditaciones, los anhelos, las soluciones fecundas.

La Confederación Nacional del Trabajo sabe respetar todas las opiniones, valorar las ansias sinceras, considerar con equidad y tolerancia toda expresión de deseos; lo único que

reclama como fundamental es la renuncia al instrumento de una nueva tiranía, de una nueva dictadura para proceder al cambio de la situación intolerable en que vivimos. La C.N.T. tiene derecho, en nombre de su largo pasado, de su doctrina y de su táctica, a exigir de los demás lo que practica ella misma, lo que practirá siempre ella misma.

Se puede revisar la prensa obrera confederal y libertaria desde 1869, *La Federación* de Barcelona y *La Solidaridad* de Madrid, hasta los diarios y revistas en 1936-39 y la prensa clandestina que hemos dado con grandes sacrificios a luz desde 1940 en el interior, lo mismo que las publicaciones de nuestros emigrados en Europa, Africa y América; se puede consultar los millares y millares de nuestros folletos y libros, manifiestos, etc., etc., y no se encontrará en todo eso una alusión siquiera a la idea de suplantar una dictadura por otra, el gobierno de los pocos sobre los muchos o de los muchos sobre los pocos. Pocos o muchos, todos los españoles deben tener derecho a mantener sus opiniones, a practicar sus creencias, a realizar su vida sin daño ni gravamen para los demás, con plena autonomía; a ensayar y experimentar soluciones económicas y políticas como se ensaya y se experimenta en el campo científico en busca de la verdad.

La Confederación Nacional del Trabajo sostiene inflexible, a pesar de todos los motivos de irritación y de rebelión a que fue llevada por la ceguera de las castas y grupos de presión dominantes a lo largo de su trayectoria, que la libertad es hija de la libertad, y que una revolución, para ser verdadera revolución, debe ser el fruto maduro de la conciencia de los pueblos y de sus instituciones propias, y que lo que no sea obra espontánea y consciente de las grandes masas no puede tener consistencia ni ser fecundo. La C.N.T. repudia toda tiranía, toda dictadura ajena sobre ella como repudiaría la propia dictadura sobre las demás. En este punto no alterará la línea histórica de su desarrollo, su pensamiento fundamental. La libertad es hija, pero es también madre de la libertad, y la tiranía no ha engendrado jamás otra cosa que tiranía y abyección.

Una revolución que ha de imponerse, que quiera realizar aunque sea el mejor y más puro de los programas recurriendo para ello al instrumento de la dictadura o del paredón, no es una revolución sino siempre una contrarrevolución, cualesquiera que sea la máscara con que se encubra. Sobra experiencia en el último medio siglo para comprobar en todas partes que es así.

La C.N.T. está en la primera línea de la lucha contra toda idea de dictadura, contra todo recurso a la tiranía actual o futura y se distinguirá mañana, como ayer, por su defensa y su sacrificio en favor de la libertad y de la justicia para todos, que dejarían de ser justicia y libertad si se convirtiesen en privilegio o monopolio de un sector cualquiera, minoritario o mayoritario, o si se erigen en dogmas o en sistemas cerrados, intocables por el examen cotidiano y por las exigencias de la vida.

Multiplicidad de soluciones

Si ha de partirse de la base del rechazo de toda dictadura, cualquiera que ella sea, que entraña una solución siempre totalitaria, aunque se enmascare como idea sublime y generosa, es preciso concluir en la posibilidad de una multiplicidad de soluciones, según las condiciones sociales, económicas, de desarrollo intelectual y moral de los hombres y de los pueblos, según las tradiciones y las experiencias. Cualquier solución única y excluyente sería totalitaria, dictatorial, tiránica. Al rechazarla como contraria a la justicia, queremos que los pueblos mismos, que sus organizaciones auténticas, que todos individual o colectivamente digan su palabra, experimenten y ensayen en busca de lo mejor y más ajustado sin daño para los demás y con provecho o desventaja para sí mismos. Supone ello que toda construcción debe ser emprendida de abajo a arriba, desde los cimientos, de lo simple a lo complejo, y no al revés, de arriba abajo, siguiendo viejas o nuevas tablas de la ley revela-

das o estatuidas, bajo la inspiración de los creyentes en las virtudes de las revoluciones catastróficas.

En un clima de buena voluntad y de interés sincero y solidario por el bienestar y la felicidad y el progreso del país, la C.N.T. mantendrá sus puntos de vista sin dogmatismos ni exclusivismos, y reclamará su participación activa en la esfera de acción que mejor pueda defender los intereses de la clase trabajadora, tratando de ser útil y eficiente en la reconstrucción del país con su esfuerzo manual, intelectual y técnico. En ese campo no regateará sacrificios y procurará persuadir con su ejemplo, con su dedicación al bien común y su comprensión de las soluciones eventuales de otros núcleos y tendencias sociales, la razón de ser de su existencia.

En el período constituyente en que hemos entrado, cualquier solución única, de izquierda o de derecho o de centro, cualquier programa excluyente de los otros programas, todo lo que no sea respeto y reconocimiento de una convivencia pacífica y franca en la libertad individual y social, será una tela de Penélope que seguirá interponiéndose en la marcha hacia una España nueva, la que puede resultar de su inmensa capacidad de entusiasmo y de fe en un régimen de libertad.

No sólo son los hombres los que hay que cambiar, aunque con ello no queremos decir que todos son iguales, pues la historia vivida nos muestra que entre un hombre sano y un monstruo moral, entre una persona decente y bien intencionada y un delincuente o un sádico hay muchísimo trecho; *no sólo son los hombres los que hay que cambiar, sino que hay que proceder al cambio de la estructura económica, social, política, para que nuestro pueblo, el más notable creador de derecho del mundo occidental, pueda florecer libremente y abrir cauces y horizontes para sí mismo y para el mundo.*

La reforma agraria

Por ejemplo, es inevitable en España la reforma agraria; no sólo en el interés de suprimir la injusticia del monopolio de la tierra en una vasta extensión de su territorio, como en los tiempos del feudalismo, que mantiene en una especie de servidumbre a grandes masas de campesinos sin tierra, sino también en interés del progreso tecnológico de la agricultura y la ganadería y para reconquistar el desierto interior y poder equiparar un día nuestro agro al sistema de las naciones medianamente civilizadas.

Es un hecho notorio que el atraso del laboreo de la tierra, que el nivel de vida de los campesinos es el más bajo allí donde los regímenes totalitarios han impuesto su peso aplastante y mortal. España sigue siendo un país de predominio agrario y la reforma del régimen de la tierra es esencial para la mitad de la población española, donde salvo las excepciones, se sigue trabajando rudamente con un instrumental parecido al de la época de la conquista romana, dos milenios atrás.

Pero sería un mal, no un beneficio, cualquier solución uniforme, unilateral. Pueden coexistir las economías familiares, privadas, con los métodos de colectivización, de la cooperativación más perfecta, y vincular solidariamente sus intereses y esfuerzos. La C.N.T. estará junto a los campesinos que trabajan su parcela propia y estará con su consejo y su apoyo junto a aquellos que trabajen en colectividad, sin que ello implique que no abogue por la superación de los minifundios antieconómicos.

Todas las formas de trabajo han tenido en España vasta experiencia y adeptos sinceros, y los ejemplos de fuera deben ser también tenidos en cuenta como ejemplo y estímulo. Está demostrado que los trabajadores del agro pueden alcanzar un alto nivel de vida con la propiedad privada de la tierra que cultivan, si aprovechan las conquistas científicas y tecnológicas, y puede alcanzarse también una existencia confortable y feliz con las tareas en comunidad sobre tierras de propiedad colectiva, social. En el único régimen en que el cam-

pesino no alcanza prosperidad y holgura como compensación de su esfuerzo, es allí donde persiste la servidumbre, el feudalismo, el latifundio improductivo, esterilizante, antisocial, y allí donde la burocracia del Estado totalitario pretende marcar la ley y dictar la norma.

Hay condiciones muy variadas en el campo español y el progreso, el mejoramiento, las reformas necesarias no pueden ignorar esa situación. Y lo mismo que no se recomiendan, lo mismo que no son admisibles las soluciones únicas en el asunto del problema agrario, tampoco lo son en la esfera de la industria, de los transportes, de la cultura. La multiplicidad de iniciativas, de soluciones, de ensayos y de experiencias es la mejor garantía de acierto y de prosperidad, tanto en lo político como en lo económico y en lo social.

Hacia formas nuevas de organización de la sociedad humana

No seríamos leales con nosotros mismos ni con nuestro pueblo si para lograr una máxima aglutinación de voluntades y de esfuerzos a fin de superar el trágico retroceso en que hemos caído desde hace un cuarto de siglo, cerrásemos los ojos a la verdad y no expusiésemos nuestro pensamiento, nuestro tributo a la obra común de la liberación.

Tan anacrónico es hoy el prurito de mantener la estructura del sistema capitalista que hemos conocido en los dos últimos siglos, como querer mantener el sistema feudal de la edad media o la servidumbre de la gleba en sus formas tradicionales. Se privaría con ello a nuestro país del concurso activo de fuerzas valiosas, capaces de realizar proezas magníficas en el campo de la producción y de la justicia. La C.N.T. tiene conciencia de que su aporte podría ser altamente valioso para lograr un nivel de vida superior en una España liberada y aspira a que se le reconozca la posibilidad de ofrecer ese tributo, que se compromete a dar desde dos bases típicamente españolas: el municipio y la asociación gremial, con sus ligazones locales y regionales, sus consejos económicos intergremiales, desde la localidad a la región de vida autónoma y hasta el orden nacional.

Los imitadores de las modernas modas totalitarias, siguiendo modelos de triunfadores momentáneos en otros países, han olvidado la propia historia de España, y no han construido más que el castillo de arena del absolutismo político contra los sentimientos, aspiraciones y experiencias del propio pueblo.

Aspiramos a ser aglutinantes de esfuerzos de superación, por encima de todas las discrepancias eventuales, y a estar presentes en el diálogo con todos aquellos que buscan honestamente un camino hacia un porvenir mejor para nuestro pueblo, del que no queremos separarnos. Pero para un entendimiento ante problemas que a lo largo del camino pueden ser comunes con diversos sectores de opinión y de intereses, la primera condición es la lealtad, la sinceridad, la honradez.

Como integrantes de nuestro gran pueblo, no podemos abandonar dos puntos de partida y dos metas que nos parecen fundamentales para España, en razón de su idiosincrasia y de su historia. Son, por un lado, el municipio, una creación española admirable, democrática, de solidaridad ante los problemas y las necesidades del común, cualquiera que sea la posición personal o de grupo, y el gremio organizado o sindicato. Ningún otro país del mundo tiene una experiencia histórica tan densa en ese terreno y su constricción violenta por el centralismo político de la casa de Austria y de los Borbones y por las corrientes totalitarias ulteriores, ha sido el drama de España y el cercenamiento de las mejores energías constructivas del pueblo español. Cualquier tipo de nueva construcción política, social, económica, que no tenga por resortes el municipio libre, la autonomía local, y el gremio laborioso, el sindicato, la asociación profesional, será imperfecto e inseguro. Esos son nuestros puntos de partida y ésa es nuestra meta.

Si hay que esperar un milagro de resurrección, no lo esperemos por ninguna receta única, genial; no la esperemos de ninguna panacea visionaria, de ninguna tabla de la ley

dictada de arriba abajo, desde le Sinaí bíblico o desde la concentración del poder absoluto por obra de golpes de Estado, de guerras civiles o de triunfos electorales y demagógicos. Hay que poner los destinos de España en manos de los españoles, de los españoles que se reúnen naturalmente en sus municipios y en sus gremios. Jamás media docena o un centenar de salvadores mesiánicos podrán equipararse a lo que serían capaces de ofrecer 30 ó 40.000 municipios peninsulares, dedicados a mejorar sus medios de vida, sus viviendas, sus obras públicas, sus escuelas, sus comunicaciones con el resto del país, y a lo que pueden ofrecer vraios millones de obreros, empleados, técnicos y hombres de ciencia en su esfera de trabajo, de iniciativa, de coordinación de esfuerzos y de la producción.

Contrariamente a lo que prima en las esferas de la acción política desde un Estado central, la C.N.T. sostiene que nada podrá superar a la acción multiforme, multilateral, de abajo a arriba, desde el municipio y desde el sindicato. Sobre esos dos pilares España recuperaría en pocos años, en pocos decenios, siglos de atraso, de aplastamiento, de ruinas. Renunciar a esas posibilidades en pos de utopías que la historia de nuestro país y del mundo ha demostrado inocuas y estériles, sería un nuevo paso en falso, una nueva trampa, aunque los gestores de esa utopía sean los nombres más puros y bien intencionados, los más respetables y respetados.

De ese punto de partida y de esa meta no podemos alejarnos; será siempre nuestra línea de conducta y de trabajo, y jamás nos cansaremos de proponerlos en este período constituyente hoy ni nos cansaremos de propiciarlos mañana, aun cuando, por funestos espejismos del culto al principio de la autoridad central, no fuésemos escuchados.

Se puede y se debe aspirar a la unidad de esfuerzos y de voluntades en torno a la tarea inmensa de la reconstrucción de nuestro país, pero esa unidad debe resultar del buen acuerdo desde abajo, desde el municipio y desde el gremio, que se ligarán en el orden regional, como se ligarán a su vez las regiones partiendo de su plena autonomía, como se establecerán luego vínculos más allá de todas las fronteras para llegar a un Europa asociada federativamente, a un mundo interdependiente, solidario, mancomunado y pacífico.

Esa construcción que propiciamos supone un régimen de iniciativa libre, de tolerancia, de respeto a todas las opiniones y a todas las modalidades, dejando a la experiencia práctica las eventuales rectificaciones y correcciones. En esa estructura tienen poca gravitación las discrepancias que puedan producirse, porque se resuelven en el orden local o específico del gremio, y porque no arrastran en sus vaivenes tempestuosos a todo un pueblo.

Que esa construcción supone una nueva estructura políticoeconómica y social, es comprensible, pero con ello se ofrecería al mundo en crisis una orientación fecunda y creadora. Y esa orientación puede darla España porque cuenta para ello con una experiencia histórica qu no ha estado al alcance de ningún otro país.

En consecuencia con esto, creemos de la mayor utilidad, para la sociedad de nuestro tiempo, dejar sentados los principios sociales del sindicalismo de acción revolucionaria, que tienen por finalidad movilizar y orientar la gigantesca fuerza motriz de las estructuras sindicales de todos los pueblos al servicio del hombre.

1º Los principios del sindicalismo libertario se afirman en el auténtico concepto del socialismo y de la libertad: NO ACEPTAMOS EL SOCIALISMO SIN LIBERTAD NI CONCEBIMOS LA LIBERTAD SIN SOCIALISMO.

2º El socialismo es una aspiración humana basada en el más amplio concepto de la igualdad y de la libertad entre los hombres. El sindicalismo revolucionario es el mejor vehículo para alcanzar estos fines.

3º Una comunidad socialista será la mejor expresión de una sociedad libre. Hombres libres, asociados en libres federaciones, transformando el proceso económico de acuerdo con las exigencias, hoy insoslayables, de la justicia social.

4º Aspiramos a la abolición de la explotación del hombre por el hombre o del hombre por el Estado; transformando progresivamente, hasta su extinción, el sistema del salariado. El objetivo básico de todo trabajo no es el lucro, sino servir al hombre y a la sociedad. Es esencial a la persona humana poder gozar del fruto íntegro de su trabajo propio.

5º Igualdad fundamental de los seres humanos. Todo hombre tiene derecho a obtener de la sociedad el repeto, la autonomía de su propia vida y el deber de participar directamente en el esfuerzo colectivo de la producción de los medios de consumo y de los servicios.

6º Abolición de la estructura social en clases económicas y de todo residuo feudal o de principios de fuerza o privilegios siendo reemplazada por otra basada en la libre interdependencia de los grupos sociales, técnicos y culturales.

7º Abolición completa del latifundio, organizando la explotación colectiva de la tierra a través de las colectividades campesinas encuadradas en la Federación nacional de campesinos, con respeto de las pequeñas explotaciones agrarias, que se entreayudarán por medio del sistema de cooperativas.

8º Socialización de la industria, pasando los medios de producción industrial a manos de los trabajadores de las fábricas, de los talleres y de las minas, planificando su esfuerzo a través de sus respectivas Federaciones de industria.

9º Autogestión de la distribución y del consumo por los municipios, sindicatos y cooperativas.

10º Autogobierno político de la comunidad a base del municipio libre, federado hasta la constitución de los conjuntos regionales de los diversos pueblos ibéricos. La Confederación de Pueblos Hispánicos podría ser la base inicial del nuevo sistema político federativo de España.

11º Libre acceso de todos a la cultura y a la técnica, sólo condicionado al talento de cada uno, considerando que la cultura es patrimonio universal de todos los hombres y de todos los grupos.

12º Las libertades políticas, religiosas y filosóficas deben ser respetadas por toda comunidad humana, salvo cuando atentan al bien común de la sociedad.

13º Toda forma de colonialismo, de explotación o de opresión debe ser abolida.

14º La paz entre los hombres y las naciones es una exigencia fundamental de la naturaleza.

15º El sindicalismo es la fuerza nueva y universal capaz de superar las actuales realidades antagónicas de la sociedad capitalista y de salvar la herencia de la cultura contemporánea. Acogiendo en su seno a todos los productores de la industria, del campo, de la mina, de la universidad; a los obreros, técnicos e intelectuales, sin distinción de sexo, raza, ni religión, que acepten luchar por estos principios y sientan las inquietudes de un mundo mejor de igualdad y libertad; tal es el medio más seguro para establecer el socialismo dentro de la libertad, en fraternidad y cooperación con todos los trabajadores del mundo.

Hay que acabar con la dictadura franquista

Ningún otro sector ha dado a la lucha por la libertad y la dignidad de España más sangre y sufrimientos que la C.N.T. Sería puril negar que hemos sido diezmados en cuanto al número y a la fuerza que ayer representabamos; pero será agualmente pueril pensar que con ello hemos sido vencidos y que nuestra bandera no ha de seguir significando para

nuestro pueblo un camino de resurrección y de salvación. Tampoco podemos negar que en este cuarto de siglo ha salido a la palestra una nueva generación, que no ha comprendido en su infancia y en su juventud lo que se ventilaba a costa de tantos sacrificios y de tantas vidas humanas inmoladas. Nacidos antes o después de nuestra contienda, hijos de vencedores o de vencidos, fraternizan en una aspiración común para romper las cadenas que la oprimen y reivindican el honor de figurar nuevamente entre las comunidades nacionales civilizadas y progresivas. Esta generación no quiere presentarse a la lucha como heredera de los errores de sus padres y aparece con sus propias reivindicaciones y su lenguaje característico. Los que fuimos actores de la tragedia y estamos ligados por tantos vínculos a ella, tenemos conciencia de que jamás podrá olvidarse el pasado ni ignorar el significado de la experiencia vivida. Sabemos de antemano que lo que ayer ha sido ensalzado por unos y denegado por otros, será mañana un aporte valioso a soluciones para la estabilidad y el progreso de nuestro pueblo por estudiosos independientes y al margen de todos los dogmatismos.

Los acontecimientos recientes han demostrado al mundo la voluntad de ser de esta nueva generación. La C.N.T. se siente vinculada a ella en este afán de dignificación y de aspiración a la libertad.

Hoy, el deber primordial de todos los españoles que quieran ser ciudadanos libres de un país libre, es concentrar sus esfuerzos para acabar con el régimen caduco y antisocial de Franco.

Para entrar en esta fase de reconstrucción de España a la cual invitamos a la juventud, a las nuevas generaciones, fase que se ofrece como aventura digna de ser vivida por los hijos de quienes tantas lecciones dieron al mundo, por su intrepidez en descubrir nuevos continentes y su audacia en plasmar nuevas concepciones de vida social y económica con sus ensayos de colectividades obreras y campesinas en los tiempos modernos, es necesario terminar con el obstáculo que representa la dictadura franquista para una evolución normal de la sociedad española hacia formas progresivas de vida y de relaciones humanas.

Nuestro pueblo debe unirse, por encima de cualquier consideración pasada o de diferencias ideológicas, para abrir, con las rutas de la libertad reencontrada, los caminos de un futuro en el que Epaña vuelva a ser faro de pueblos que buscan, como el nuestro, formas superiores de convivencia ciudadana, en donde no haya esclavos ni amos, en donde no exista el hambre o la necesidad frente a la abundancia más insolente o el lujo más escandaloso.

La C.N.T. propone a cuantos quieran contribuir con su esfuerzo y sacrificio a la conquista de la libertad para nuestro pueblo y a la apertura de un período constituyente de una nueva sociedad, tres bases de entente que posibiliten la coordinación de esfuerzos de todos los enemigos de la dictadura en un amplio frente de lucha por la libertad y la justicia:

1ª Destrucción del sistema totalitario impuesto por el franquismo por medio de la fuerza y del terror a nuestro pueblo y restablecimiento de un régimen democrático, que asegure las libertades ciudadanas de asociación, reunión, prensa y palabra y de manifestación y de huelga, únicas en que una sociedad humana puede desarrollarse normalmente por las vías del progreso y la libertad.

2ª Establecer un Consejo provisional, que administre a la Nación y asegure la vida económica y política de España, dentro de normas democráticas y de justicia para todos los ciudadanos, por un período limitado de un año.

3ª Preparar durante este período la consulta popular para que los españoles fijen en su día, en forma libre y soberana, el régimen político y social futuro de España.

La C.N.T. desea que la tragedia de 1936-39 no vuelva a repetirse. Y para que no

vuelva a repetirse, hace presente al pueblo español y en especial a las nuevas generaciones que van a determinar el futuro inmediato de España, sus aspiraciones constructivas, solidarias y humanas que pueden poner fin al régimen de opresión sin violencias innecesarias.

Esta es la posición de la C.N.T., que sostendrá en el seno de la Alianza Sindical Obrera que acaba de crearse en España, y a través del Frente de lucha antifranquista que se gesta entre las fuerzas de oposición a la dictadura.

Este es su Mensaje en el umbral del nuevo año 1963, que debe ser el de la reconquista de la libertad para España y del derecho del pueblo español.

Que todos los hombres y mujeres de España nos escuchen y se apresten a las luchas que se avecinan para acabar con la vergüenza nacional que representa el franquismo como sistema de vida.

¡VIVA LA LIBERTAD! ¡VIVA EL PUEBLO ESPAÑOL LIBRE!

¡VIVA LA C.N.T. Y EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO!

España, enero 1963